

LISBOA A TRAZOS

*Sobre siete colinas se extiende la vasta,
irregular y multicolorida aglomeración
de casas que constituye Lisboa.*

Fernando Pessoa

PALOMA PÉREZ
SASTRE

1. Incomunicación

Lisboa se presenta hostil e impenetrable una noche fría y lluviosa, en la monumental Estación de oriente. Mal presagio empezar con un taxista malhumorado. Había supuesto que entenderse con los portugueses sería fácil y cordial como con los brasileños, tanto que ni siquiera me había detenido en el glosario de la guía de *Lonely Planet*; pero los brasileños son a los portugueses como los costeños colombianos a los habitantes de la Castilla profunda. Nadie parece estar interesado en entender, ni en hacerse entender. Sin la lengua me siento perdida. Percibo en el ambiente una pátina, una especie de niebla que sofoca el regocijo, el exceso de gozo, las manifestaciones de alegría. Alguien me dijo que los portugueses se quieren parecer a los ingleses. Puede ser.

Aunque el asunto no es nuevo, está en boga diferenciar viajeros de turistas; pero por más que se quiera viajar por fuera del circuito comercial y se elija hospedarse en apartamentos alquilados para vivir un

poco la cotidianidad de los nativos, cuando en el lugar visitado no hay una persona conocida o dispuesta a servir de enlace entre culturas, resulta difícil quitarse de la frente la etiqueta de turista, palabra que debe de significar algo así: “Persona sin importancia, estorbosa pero rentable para los locales, que pasa fugaz mirando la superficie de las cosas”. Hay en esa condición una suerte de avaricia, una ambición de verlo todo y de hacer rendir tiempo y dinero.

Recorriendo Lisboa en el *Yellow bus*, mientras oigo la guía grabada que cuenta historias de edificios, monumentos y proezas con las canciones de Amalia Rodrigues de fondo, me siento incómoda como nunca antes; y hasta cuestiono mi gusto por saber qué hay detrás de las montañas del Valle de Aburrá. Me observo en esa multitud de extranjeros pegados de un mapa, tratando de identificar un lugar en un gráfico, de situarse, de encontrar una dirección que justifique la vida por un rato. La voluntad y las fuerzas puestas en llegar a un lugar. ¿Todos tan despistados? ¿Todos tan aterrados? ¿Tan desamparados? Soy un puntico en la

masa obediente, unas piernas más, unos ojos torpes, una sombrilla mojada dentro de una mochila roja.

Dislocada en cuerpo y espíritu, camino por aceras dibujadas con primorosos adoquines de mármol blanco y negro. Por las calles de Lisboa —no por estas calles atestadas—, caminé Pessoa. Pessoa amó a Lisboa y murió a los cuarenta y siete años de suicidio lento. En la vecindad de nuestro alojamiento, después de pasar por la *Praça Luís de Camões*, está el *Café A Brasileiro*, siempre lleno de extranjeros. Ya me hice la foto cogiéndole la mano a la escultura que toma café en la terraza —no creo que fuera tan alto—. La gente lo abraza; él nunca se habría imaginado los beneficios que les traería a los herederos del café que frecuentaba y a su país —cómo no evocar “La oveja negra”, de Monterroso—. Desconozco sus obras; sus libros han estado en mis manos y en mis estantes, pero mi oído no se abre aún a su voz. Ahora indago sin éxito por la guía de Lisboa que escribió, traducida al español, en librerías hermosas. Tal vez de su mano llegue mi alma.

2. El elevador

Rua da Bica de Belo Duarte. Una callecita empinada con amplias aceras de escalera de trozos de mármol blanco a los lados y rieles en el centro, por donde pasa el elevador *da Bica*, un pequeño funicular construido en 1892. La calle más fotografiada y filmada de la ciudad. El taxista aquel nos deja sobre la *Rua do Loreto* señalando la *Rua da Bica* y diciendo *Você não pode ir lá fora*. Es de noche y llovizna; veo el vagoncito amarillo parqueado y vacío, y supongo que es una reliquia para hacerse fotos. Bajamos torpes y asombradas unos treinta metros por las escaleras de la izquierda, buscando el número de portón suministrado por nuestra hospedera de *airbnb*. En el primer piso, una tienda de miscelánea y souvenirs atendida por dos hombres bengalíes; al lado, nuestra puerta. Tercer piso a pie. Más tarde salgo a la ventana; los faroles le dan un aire deslumbrante a la calle. Ya no está

el vagón amarillo, ha sido reemplazado por otro cubierto por grafitis color plata. El viaje depara sorpresas.

Mañana de sol. En la *Rua do Loreto* los turistas toman fotos; abajo aparece el Tajo muy azul, surcado por la estela blanca de una embarcación que va pasando —cuentan que hace mucho tiempo había delfines en el río—. El sonido metálico de los rieles, la chispa en el cable eléctrico y la campana anuncian la llegada del vagoncito. El maquinista uniformado se apea, le ayuda a una señora con las bolsas del mercado y se interna en el café de al lado. Algunas personas toman asiento y esperan. Al rato, inicia su viaje cuesta abajo. En la mitad del trayecto se cruza con el vagón que trepa desde la pequeña estación en la *Rua de São Paulo*, cercana al *Mercado da Ribeira*. Encarrilar el vehículo donde se bifurcan los rieles, al cruzarse con el que viene en sentido contrario, es una maniobra de alta precisión. El vagón amarillo llega traqueteando; esta vez conducido por una señora que se apea sosteniendo una especie de clavo, seguida por una niña oriental a la que le da la mano y le habla sonriendo con familiaridad. Se despide y se sitúa en el control de la parte delantera —antes trasera—, y espera. Los tranvías lisboetas son los juguetes de la infancia de la ciudad.

Dislocada en cuerpo y espíritu,
camino por aceras dibujadas con
primorosos adoquines de mármol
blanco y negro. Por las calles de Lisboa
—no por estas calles atestadas—,
caminé Pessoa.

Pessoa amó a Lisboa y murió
a los cuarenta y siete años
de suicidio lento.

3. El poeta contemporáneo

Nos encontramos a las cinco de la tarde en su sitio de trabajo. Saludo breve y seco, silencio. Yo llevo en la mano izquierda el paquete del encargo, una bolsa de plástico azul con asas. Estoy a punto de entregárselo sin más pero temo parecer descortés, y cuando el silencio ya se ha instalado, pregunta si queremos tomar algo. Lo seguimos. Ascensor, pasillo y terraza. Llevo una lista de las preguntas que no he podido hacer. Sin entusiasmo, surgen monosílabos espaciados: la orientación política del gobierno actual y la del entrante; sus recuerdos de la dictadura de Salazar: terrible, tiempos duros, muy represiva; ¿y la literatura en esa época?: de resistencia; ¿alguna poetisa portuguesa para recomendar? anota un nombre en mi libreta. M le entrega un paquete de café de una finca del suroeste antioqueño. Recibe. No me atrevo a terminar “la conversación” tan pronto. Entonces pregunta ¿podemos irnos? Lo siento atrapado y crece mi desconcierto, pero lo asumo como una liberación. Claro, podemos irnos. Con la mitad de las preguntas sin responder y mi ilusión de encontrar un interlocutor rota, salimos al frío de la *Avenida da Liberdade* y a la contemplación de vitrinas y hoteles de lujo y automóviles con parejas de revista, conducidas por choferes de sombrero de copa y guantes de cuero.

4. El Tajo

Ven a sentarte conmigo, Lidia, a la orilla del río.
Fernando Pessoa

Llega un aire, una emoción inmotivada, una inquietud, un silbo, un soplo, un susurro que parece decir detente, algo está pasando. Acepto el misterio y pacto una tregua con mi desazón para tratar de vincularme con el sentimiento romántico y el aura de fascinación que rodea la sola mención de esta ciudad. En la simple bondad de un hombre viene la iluminación una mañana, por fin soleada, en la orilla del Tajo, a unos pasos de la *Torre de Belém*, luego de recorrer el sobrecogedor Monasterio de los Jerónimos, donde armonizan paz, amplitud y sencillez. Qué bello y espiritual es el estilo manuelino, y cómo conjuga la esencia de lo portugués. Ningún lugar mejor para los restos de

Pessoa que reposan en su túmulo, una columna de mármol, en la que se lee:

PARA SER GRANDE, sê inteiro: nada
Teu exagera ou exclui.

Sê todo en cada coisa. Põe quanto es
No minimo que fazes.

Azim em cada lago a lua toda
Brilha, porque alta vive.

14.2.1933

Ricardo Reis

El hombre joven, cálido y chisposo ha llegado en una moto-bar y lo hemos observado instalar su negocio: “Vino con vista”, dice en el carrito y en las copas que nos ofrece con una sonrisa, mientras nos muestra la carta de vinos de la ribera del Duero. Como si el movimiento de ubicar para nosotras dos sillas plegables y dos copas de vino tinto en el ángulo de la mejor vista hubiera recorrido la veladura, aparece el estuario en todo su esplendor, ¿cómo imaginar un río de tal magnitud? ¿Un puente colgante mejor pintado?

Uno mira, pero no sabe mirar, porque a la mirada le suma el pensamiento, el deseo de entender y la conciencia de la muerte. Hay que mirar sin vivir, dice Pessoa en el *Libro del desasosiego*, que abrimos después del primer sorbo y que habíamos aplazado leer:

Vivir no vale la pena. Sólo mirar vale la pena. Poder mirar sin vivir sería la felicidad, pero es imposible, como todo lo que nos suele suceder con lo que soñamos. ¡El éxtasis que no incluya la vida!...

¡Crear al menos un pesimismo nuevo, una nueva negación, para que tengamos la ilusión de que algo de nosotros, aunque para mal, quedase!

Quizá necesitaba sacarle a la mirada el deseo, la ilusión y la melancolía. Quizá fuera el pensamiento el que me dislocara, el que le impidiera a mi alma llegar y conectarse. El impulso debía llegar de afuera de la mano del mensajero de Dionisio y en la voz de un poeta triste, como Portugal, que sigue deambulando por la ciudad, ya sin cuerpo ni dolor, y tal vez en la etérea felicidad que buscaba.

5. El último día

La mañana en la casa-museo de Pessoa; la tarde en el *Museu dos Azulejos*; el atardecer, la despedida de ciertas calles del centro, muy cercanas al Tajo:

Sí, esta Rua dos Douradores representa para mí todo el sentido de las cosas, la solución a todos los enigmas, salvo la propia existencia de los enigmas, que es lo que no tiene ni tendrá solución (Pessoa, 2010: 206).

Mañana también yo iré de la Rua da Prata, de la Rua dos Douradores, de la Rua dos Franqueiros. Mañana yo también —el alma que siente y piensa, el universo que soy para mí mismo—, sí, mañana seré yo mismo el que dejó de pasar por estas calles, el que otros evocarán vagamente con un “¿qué habrá sido de él?”. Y todo cuanto hago, todo cuanto siento, todo cuanto vivo, no será más que un peatón menos en la normalidad de una calle de una ciudad cualquiera (632).

Y en la noche, en la *Livraria Ferin*, fundada en 1840, seguro frecuentada por el poeta, apareció al fin —y en el fin— la guía. Ah, qué diferencia entre este generoso y delicado cicerone y el *Yellow bus*. Así se presentan las cosas. Turista o viajero, qué importa; lo importante es quitarle la vida a la mirada. No ser y ser turista se parecen. Quizá sea la conciencia de la finitud lo que duele. Solo las obras permanecen; son ellas las buscadas, las perseguidas, las conservadas, las veneradas. ¿Hasta cuándo? No sabemos. Acaso los únicos caminos originales a los que puedo aspirar sean los caminitos de hormigas que van abriendo las letras en la hoja vacía cuando escribo. ■

Paloma Pérez Sastre (Colombia)
Profesora de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Magíster en Literatura Colombiana y especialista en Literatura Latinoamericana.

Referencia

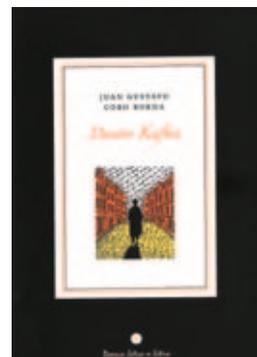
Pessoa, Fernando (2010). *Libro del desasosiego*. Traducción de Manuel Moya. Tenerife: Ediciones Baile del sol, ebook.

{ Novedades }

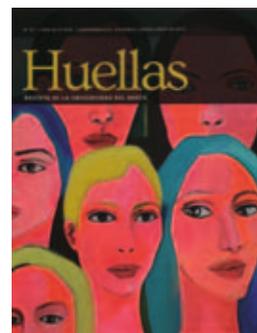
La máquina de cantar
Robinson Quintero Ossa
Ediciones El Aguijón
Bogotá - Colombia, 2015
296 p.



Doctor Kafka
Juan Gustavo Cobo
Borda
Poesía Letra a Letra
Bogotá - Colombia,
2015
45 p.



Huellas N.º 97
Revista de la
Universidad del Norte
Barranquilla -
Colombia, 2015
86 p.



Viacuarenta N.º 20-21
Revista de
Investigación, Arte y
Cultura
Corporación Luis
Eduardo Nieto Arteta
Barranquilla -
Colombia, 2013
128 p.

